

IV FORMACIÓN Y DESARROLLO PROFESIONAL DEL MAESTRO

EL ARTE DE ENVEJECER EN LA ENSEÑANZA

Miguel Ángel Santos Guerra

RESUMEN

Plantea el autor en el artículo la necesidad de aprender a envejecer ya que lo que da la experiencia a las personas, de forma inexorable, son años, pero no felicidad y sabiduría. Hace un elogio de la vejez y condena la escasa importancia que, frente al culto a la juventud, concede la sociedad a esta sustancial etapa de la vida. Al mismo tiempo hace propuestas alguna propuesta para sacar partido del caudal de riqueza que han ido acumulando los docentes jubilados.

PALABRAS CLAVE: Jubilación, Vejez, Experiencia, Tercera edad, Abandono, Soledad, Sabiduría

ABSTRACT

The author outlines in the article the necessity he gives to learn how what gives the experience to people, to age since give relentless form, they are years, but no happiness and wisdom. He/she makes a praise he/she gives the age and condemnation the scarce importance that, in front of the cult to the youth, it grants the society to this substantial stage he/she gives the life. At the same time he/she makes proposals some proposal to take out party he/she gives the flow he/she gives wealth that you/they have gone accumulating the educational pensioners.

KEY WORDS: Retirement, Old age, Experience, Third age, Abandonment, Solitude, Knowledge

Se jubila mi amigo Jesús Asensi. Una pena para todos aquellos con quienes él trabaja. Una pena para todos aquellos para quienes él trabaja. Una pena también para él porque es un profesional que sabe hacer bien su trabajo y que disfruta haciéndolo.

Se jubila mi amigo Jesús Asensi. Una alegría porque se consuma una vida profesional larga y fructífera. Una alegría porque deja detrás de sí una profunda huella de ideas y experiencias.

Se jubila mi amigo Jesús Asensi. Es decir, que empieza una vida llena de proyectos y de ilusiones. Porque Jesús es una persona a la que le gusta hacer muchas cosas. Y las va a seguir haciendo. Con más tiempo, con más libertad. Con la pasión de los que empiezan.

Se jubila mi amigo Jesús Asensi. Si, como dice Emilio Lledó, "enseñar no es sólo una forma de ganarse la vida; es, sobre todo, una forma de ganar la vida de los otros", Jesús deja detrás de sí muchas vidas ganadas, muchas personas salvadas de la ignorancia y del error y de la opresión.

Lástima y alegría porque se jubila un auténtico Maestro.

LOS DOCENTES ENVEJECEN

Envejecemos cada día en las aulas. Inevitablemente. Y lo hacemos protagonizando unos fenómenos que tienen sobre cada uno influencias innegables. A unos les amargan, a otros les infantilizan, a otros les llenan de sabiduría y entusiasmo. ¿A qué fenómenos me refiero?

Cada año, los docentes envejecen, aunque sus alumnos y alumnas tengan la misma edad. De manera imperceptible, un profesor llega a la jubilación y su alumnado sigue teniendo la misma edad que tenía el primer año de trabajo. Otros alumnos y alumnas, obviamente, pero de la misma edad.

Cada año, la vida se lleva de las manos del educador a sus alumnos y alumnas. Al curso siguiente tiene que comenzar de nuevo, con otro grupo, una tarea de conocimiento, de relación y de trabajo. Tiene que volver a conocerlos, a ganar su confianza, a reiniciar la reconquista. Es un tejer y destejer incesante de emociones, de expectativas y de relaciones interpersonales.

Cada año los jóvenes prefieren al joven tutor que juega con ellos, que organiza una acampada con la clase, que hace un viaje atractivo o habla de temas, cantantes e ídolos que ellos conocen muy bien, mientras rechazan con incomodidad la tutoría de un prejubilado que no está para muchos trotes.

En una época que idolatra a la juventud, en la que las personas se quitan años, en la que parece un mérito ser joven, el profesor que ha ido ganando años ve cómo se abre un abismo generacional entre él y los niños o los jóvenes. Tienen éstos otra forma de pensar, de ser y de sentir.

"Nuestra época se ha impuesto el deber de la juventud: hay que ser joven, pensar joven, consumir joven, envejecer joven, el fútbol es joven, las radios son jóvenes, las revistas son jóvenes, la publicidad es joven, la tele está llena de jóvenes, internet es joven, el famoso es joven, los últimos supervivientes del baby boom han sabido permanecer jóvenes, hasta nuestros políticos han acabado rejuveneciendo. ¡Viva la juventud! ¡Gloria a la juventud! ¡Hay que ser joven!" (Pennac, 2008).

Estoy dirigiendo una tesis sobre este tema: ¿cómo envejecen los docentes en el ejercicio profesional? ¿Envejecen igual los hombres que las mujeres? ¿Igual los conservadores que los progresistas? ¿Igual los comprometidos que los pasotas?

A medida que entramos en años, ¿adquirimos sabiduría, ilusión, esperanza y compromiso? O, quizás, ¿nos hacemos más perezosos, cáusticos y desesperanzados? Me pregunto cómo envejece cada uno y, también, qué hay en la profesión que nos va convirtiendo en las personas que somos.

Mitch Albom (1988) ha escrito un interesante libro titulado "Martes con mi viejo profesor". Describe en él las conversaciones que mantiene con Morri Schwartz, un viejo profesor suyo, gravemente enfermo, que conserva las ganas y la capacidad de enseñar, de escuchar y de comprender. Es un relato lleno de sabiduría, de emoción y de generosidad. En dichas conversaciones, el antiguo alumno, hoy periodista, encuentra consejo y saca energías para seguir adelante. Experiencia no es sinónimo de ciencia. Y, menos aún, de sabiduría. ¿Qué hacer para aprender de la experiencia, para hacernos más sabios, más pacientes, más sensibles, más comprometidos a través de lo que vivimos en ella? En primer lugar, vivir de forma inteligente y crítica lo que sucede. En segundo lugar, permanecer abiertos emocionalmente a los problemas y a las necesidades de los otros. Porque la experiencia tiene dimensiones cognitivas y afectivas.

"La experiencia no es informe sino estructurada. Si se la toma en un momento dado, a manera de una foto fija, como metáfora para describirla vale la de la textura. La experiencia es un tejido con figuras, un tapiz donde hilos variopintos se entrelazan para dibujar perfiles y colores. Cabe hablar de una urdimbre afectiva y también cognitiva, dispuesta en el telar de la existencia y donde se van tejiendo las vivencias y la biografía del individuo" (Fierro, 2000).

¿Qué hay detrás de los puntos suspensivos de esta frase tan repetida?:

- Si yo te contara...

Lo que encierran esos puntos descubre más a la persona que habla que a la realidad que pretende describir. Los mismos hechos son vividos por algunos como un castigo y por otros como un reto. Las mismas obligaciones son asumidas por algunos como una tarea vibrante y por otros como una maldición insoportable.

Me preocupa el hecho de que los profesores estén deseando jubilarse, abandonar la tarea que se ha hecho más compleja y dificultosa que en otras épocas. Me preocupa que, al finalizar su vida, acaben diciendo: "¿y esto ha sido todo?" (Núber, 2006).

Resultaría gratificante que alguien, al terminar la carrera profesional, recibiese de sus alumnos un sentido y profundo "gracias". Sería lamentable que tuviese que oír esta cruda e irónica expresión que vi en un grafiti; referida a un ilustre catedrático: "*Gracias...por jubilarte, gracias...por irte*".

Y es que la experiencia tiene que ver con nuestra propia identidad y con la forma de relacionarnos con los colegas y con los alumnos y las alumnas.

No toda experiencia es enriquecedora. De hecho, la experiencia destruye a unas personas y a otras las salva y enriquece. Para convertir la experiencia en un aprendizaje enriquecedor hace falta cultivar unas determinadas actitudes ante sí mismo, ante la tarea, ante los colegas y, sobre todo, ante los alumnos y alumnas (Santos Guerra, 2008). En concreto, creo que los docentes podrán envejecer felizmente si consiguen:

- a). Tener una buena imagen de sí mismos y de la profesión. No pueden acumular una experiencia enriquecedora quienes acuden a la tarea maldiciendo su suerte y despreciando su profesión.
- b). Analizar la realidad desde una óptica optimista. Para ello, no hace falta sólo disponer de las herramientas y los conocimientos pertinentes sino de una actitud positiva.
- c). Trabajar en equipo con los compañeros y familias que integran la comunidad educativa. El ejercicio de la docencia no se puede desarrollar felizmente desde una concepción individualista de la práctica.
- d). Admitir que existen errores. Reconocerlos sin que humillen o destruyan. Se pueden aprovechar los errores para aprender. La fertilidad del error es una fuente energía y de aprendizajes.
- e). Considerar los conflictos e incluso los fracasos como ocasiones de crecimiento. No todos los conflictos son malos. Muchos pueden ayudar a crecer. En ningún sitio hay más paz que en los cementerios.
- f). Compartir con otros lo que sucede, tanto lo bueno como lo malo. Compartir, sobre todo, aquellas realidades estimulantes que, sin duda, se viven en la práctica docente.
- g). Disfrutar con las cosas positivas que suceden o que les suceden a otros. No sólo existen los agujeros en el queso. Dice la profesora Joan Dean que si los profesores compartiesen las cosas buenas que les pasan encontrarían en esa comunicación una fuente inagotable de optimismo
- h). Creer que los alumnos y alumnas pueden y quieren aprender. La educabilidad serompe en el momento que pensamos que los otros no pueden aprender y que nosotros no podemos ayudarles a conseguirlo.

i). Pensar que los otros son capaces de ayudarnos y que nosotros podemos ayudarles a ellos. Me refiero en este punto especialmente a los colegas y a los padres y madres.

j). No atribuirse la causa de los males que suceden a nuestro alrededor. Existe un discurso victimista muy autodestructivo.

k). Atreverse a innovar y no instalarse cómodamente en las rutinas. La rigidez y la monotonía son el cáncer de las instituciones educativas.

l). Cultivar los afectos porque la docencia es una tarea que se cimenta en el sentimiento. Si la educación es algo, es comunicación. Y si la comunicación es algo es porque es amor.

m). Perfeccionarse cada día, leyendo, estudiando, buscando respuestas a los interrogantes.

Dudar de lo que se hace para buscar las fórmulas de mejorarlo.

Sería muy interesante que los profesores que se jubilan escribieran sus biografías. Unas biografías que nos cuenten cómo ha sido su desarrollo, cómo ha evolucionado su actividad profesional y su forma de sentirla y vivirla.

Qué hermosa lección sería ésta: la lección de la vida narrada desde la sabiduría que ha forjado la experiencia. La autobiografía de los maestros y maestras sería una última lección de carácter integral.

Un ejemplo interesante:

La Consejería de Educación de la Comunidad de Cantabria, ha tenido una feliz iniciativa. Desde hace tres años viene celebrando un hermoso homenaje a los maestros y maestras que se jubilan en la Comunidad. Hora es de que profesorado y Administración se coloquen en la misma trincheras de la sociedad luchando contra la ignorancia, la opresión y la injusticia.

Hermoso y justísimo homenaje el que se rinde a los maestros y maestras que han dedicado su vida a la enseñanza. Todo el mundo sabe que, en la sociedad del conocimiento, quien tiene información, tiene poder. Pero los maestros, por oficio, dedican su vida a compartir la información que poseen. Más aún, a despertar amor al conocimiento que no se tiene. A despejar caminos hacia el saber. A facilitar criterios para discernir si el conocimiento que se recibe en muchas fuentes es riguroso o está mediatizado por intereses políticos, religiosos o comerciales.

Dedicar la vida entera a la tarea de enseñar es un meritísimo ejercicio de generosidad, de amor y de paciencia. No es fácil mantener las ilusiones iniciales porque la realidad es, a veces, dura. No es fácil enseñar a quien no quiere aprender. Y, menos, a quien se empeña en que nadie aprenda. Tampoco es fácil competir con otros agentes que brindan información de manera sugestiva y adaptada a la demanda individual del aprendiz. No es fácil enseñar a muchos a la vez cuando se sabe a ciencia cierta que cada uno tiene su ritmo y su estilo de aprendizaje. No es fácil enseñar cuando, algunas familias dan la espalda o, lo que es peor, formulan amenazas a quien pretende hacerlo cada día.

A todos nos llega el final. Y es hermoso encontrarse con una Administración educativa sensible al esfuerzo, al cansancio acumulado y a la ilusión mantenida. Una Administración que rinde homenaje a quien durante muchos años ha trabajado con tesón. La Consejería de Cantabria invita a todos los jubilados a escribir una especie de Memoria de su experiencia profesional. Aceptan algunos, otros no. Con el conjunto de los relatos edita, en esos tres últimos años, un libro por año, una obra titulada "Vidas maestras". Tengo delante la edición de 2008. Una hermosa obra de casi cuatrocientas páginas, que recoge la biografía de 53 docentes jubilados.

Se dice en la introducción que de cada tres invitados escribe solamente uno. Y que ese uno, probablemente, sea el más satisfecho de su trayectoria. Quizás. Otros desisten por motivos

difícilmente escrutables: quizás piensen que ellos no tienen nada especial que contar (qué error), quizás no quieran hacer un regalo a la Administración frente a la que se han situado como si de un enemigo se tratara, quizás porque guarden un recuerdo amargo de su trayectoria vital... En cualquier caso, los testimonios de los docentes son verdaderas joyas.

Leer ese libro es encontrarse en muchas bibliotecas vivientes. Es compartir la vida de muchos excelentes profesionales a través de unas experiencias cargadas de problemas a veces, pero también de ilusiones. Me sitúa esta hermosa experiencia ante el tremendo problema de la evolución de los docentes en el ejercicio de la profesión.

Es emocionante recorrer las páginas vivas de este libro, plagado de fotos de maestros, de escuelas y de entrañables documentos gráficos. Es emocionante escuchar la voz de la experiencia. "Quiero agradecer a todos mis alumnos, repito, a TODOS, lo que me han enseñado. Sí, de todos he aprendido. Yo iba al colegio a enseñar y a aprender. De enseñar, ya me he jubilado, pero de aprender... aún no he terminado", dice María Encarnación Aguilera.

"Me felicito por la suerte de haber empleado mi vida laboral en un oficio tan hermoso como es la docencia. Amo y recuerdo a cada uno de mis alumnos", dice Ramona Barquín Abascal. Inmaculada de la Hera termina su escrito diciendo a los nuevos maestros "Espero que seáis tan felices en esta profesión como lo he sido yo". Amparo Vicente lo dice de forma muy hermosa: "Me jubilo deseando que todos y todas los que empiezan en la enseñanza lo hagan con la misma ilusión con que yo la he dejado. Si volviera a mi juventud sería, sin duda, otra vez maestra".

No falta ese sentimiento de pertenencia a un colectivo tan numeroso que a lo largo de la historia y hoy a lo ancho del mundo sigue siendo el verdadero ejército de salvación de la humanidad. Dice María Cruz Garrán: *"Por todo ello, me siento orgullosa de haber pertenecido al colectivo de hombres y mujeres que llevan honrosamente el nombre de Maestros"*. Creo a pie juntillas lo que dice Herbert Wells: *"La historia de la humanidad es una larga carrera entre la educación y la catástrofe"*. Honor a los maestros y a las maestras.

Sería una estupenda iniciativa hacer esta misma propuesta en la Universidad. Invitar a los jubilados y jubiladas a contar su experiencia. Sacaríamos de tantas hermosas y vibrantes historias muchas ideas para comprender y mejorar la docencia. Y, por supuesto, muchos estímulos para entusiasmarlos por ella.

EL ARTE DE ENVEJECER

Betty Friedan ha escrito un excelente libro sobre el arte y la ciencia de envejecer. Se titula "La fuente de la edad". En él habla de la vejez como una nueva aventura que hay que saber vivir. No es tarea fácil porque solemos pensar en ella cuando las velas empiezan a valer más que la tarta. Podemos enseñarnos mutuamente qué es y cómo es realmente envejecer. Para hacerlo más sabiamente, para evitar el terrible aislamiento de la edad. Lo que ella llama "el azote gris". Friedan sugiere que nos debemos preparar mucho antes siendo nosotros mismos a nuestra edad, cultivando amistades, adquiriendo independencia económica y, sobre todo, aceptando psicológicamente las condiciones de esa etapa de la vida, ridículamente llamada "tercera edad".

La escuela pretende educar para la edad madura, pero no para la vejez. Pretende preparar para la vida, pero no para la muerte. (De la Herrán y Cortina, 2006). Pero todos hemos de afrontar la muerte como un hecho insoslayable.

Recuerdo (y conservo) un breve artículo de un alumno que tuve siendo Director de un centro educativo. Firmaba este joven, no sin razón, sus trabajos con el pseudónimo "Sinazúcar". Mantenía

la tesis, en aquel breve trabajo que aparecía en el Periódico Mural, de que a los ancianos había que exterminarlos porque no eran ni iban a ser ya productivos. Esa era, en síntesis, la idea. No censuré su artículo, no lo retiré del Periódico sino que contesté con otro (también lo conservo) que se titulaba "Sinazúcar, sin gracia, sin razón". Me impresionó ver plasmado en el escrito de un alevín lo que muchas personas hacen de forma más o menos explícita, aunque siempre cruel, en estos días. Una sociedad neoliberal en la que prima sobre todas las cosas la productividad, el eficientismo, la competitividad y, en definitiva, el egoísmo exacerbado, es un buen caldo de cultivo para estas tesis.

Creo que la altura moral de una sociedad se mide por el trato que brinda a los niños y a los ancianos. Por eso resulta un escarnio arrinconarlos, burlarse de ellos, esconderlos a los ojos de las visitas, quitarlos de en medio para disfrutar de las vacaciones... El paso lento de los ancianos dificulta el ritmo frenético de nuestros pasos.

Solemos pensar que la muerte y la vejez son cosas que les pasan a los otros. Pero nos llegan. Por eso resulta casi incomprensible cómo hemos dado el salto de los años de la infancia al momento actual de la vida. El tiempo acaba borrándolo todo.

Lo dice de una manera espléndida Quino en una de sus memorables viñetas. Dos ancianos, él y ella, cargados de arrugas, se miran desde sus grandes butacas. El dice de forma parsimoniosa:

- Elcira, perdona que te pregunte: ¿tú y yo qué éramos, hermanos, amigos, conocidos o esposos?

Experiencia no es sinónimo de ciencia, pero a poco abiertos que se tengan los ojos y despierta la mente, se aprende mucho en el libro de los días. Cuando un anciano muere se va con él un caudal inmenso de experiencia acumulada, de sabiduría adquirida. La muerte de un anciano puede ser equiparada al incendio y destrucción de una gran biblioteca.

Saber envejecer es un arte. Aprender a ser anciano es una ciencia. Se educa para la edad madura, pero no para la vejez. Nos duele que se vaya cayendo el pelo, que nos prescriban unas lentes graduadas o bifocales o que, al hacer referencia a nosotros un niño diga a su compañero de forma inmisericorde:

- Vete a por el balón. Está allí al lado de aquel viejo.

No es fácil aceptar la disminución de las facultades, los achaques progresivos, la restricción de movimientos, la pérdida de memoria, el encorvamiento del cuerpo (el peso del tiempo se acumula en las espaldas...), el cansancio ante esfuerzos minúsculos... La vida comienza a los cuarenta años, se dice. Pero también el lumbago, la pérdida de vista, la artritis y algunas cosas más. No es sencillo aceptar que los hijos digan, simulando tener una deferencia:

- No laves tú el coche, papá.

Pasamos una parte de la vida queriendo tener más años, deseando ser mayores y otra quitándonos años, deseando rejuvenecer, haciendo la cirugía estética. La ocultación de la edad, la resta de años cuando se pregunta por los que uno tiene, el sabor agríndice de los cumpleaños, la indumentaria impropriamente juvenil": he ahí algunas señales de alarma. Como siempre, también aquí la mujer lleva la peor parte. La decrepitud es una catástrofe para quien ha tenido que

ser obligadamente hermosa (no necesariamente perspicaz o inteligente) para ser considerada una persona valiosa.

La vejez es un etapa complicada para quien ha sido dependiente del patriarca y cuidadora de los hijos (una vez que se encuentra con el "nido vacío"). La mujer envejece de forma diferente porque ha tenido esclavitudes distintas: esclavitud de la belleza, falta de independencia económica, unión de sexualidad y reproducción, vivencia difícil de la menopausia... En definitiva, no es lo mismo envejecer siendo hombre que siendo mujer. Otro ejemplo: No es socialmente aceptable que una mujer mayor se una sentimental o sexualmente a un joven, pero sí a la inversa. Por eso se habla de la vejez como la segunda oportunidad de las mujeres.

Josefina Bianchi, un personaje de la excelente novela "De amor y de sombra", de Isabel Allende, que encarna a una famosa artista jubilada, en la Residencia de Ancianos "La voluntad de Dios", dice a su interlocutor":

- ¿Qué pasó, hijo mío? ¿Dónde están el vino, los besos, la risa? ¿Dónde los hombres que me amaron? ¿Y las multitudes que me aplaudieron?

- Todo está aquí, en su memoria.

- Soy vieja, pero no idiota. Me doy cuenta de que estoy sola.

He aquí la servidumbre, la desolada realidad. Muchos ancianos se encuentran solos. Muchos se extravían por los senderos de la vejez. Porque se han ido aislando. Porque les abandonaron precisamente aquellos a quienes amaron. Escribieron durante muchos años cartas diarias de amor a sus seres queridos, pero ellos acabaron casándose con los carteros. La soledad es la peor condena de la vejez.

A los ancianos se les niega hasta el derecho a la sexualidad. No parece razonable que se enamoren dos personas de avanzada edad y cuando un anciano muestra interés por el sexo opuesto se le califica despectivamente como viejo verde... Resulta una broma aquel reclamo publicitario: Joven ecologista busca viejo verde.

Parece que la preocupación de los ancianos es evitar la muerte pensando siempre en ella, anticipándola, temiéndola. ¿Por qué no compartir con los ancianos el tiempo, el recuerdo, las emociones de modo que juntos ahuyentemos el miedo a la muerte y a la soledad? Esa sería, a mi juicio, una señal de madurez de nuestra cultura y de nuestra sociedad. No una bobalicona compasión. Esa actitud que clasifica las edades del ser humano en juventud, madurez y ¡qué bien te veo! Nuevamente habrá que recurrir al optimismo. A fin de cuentas, como dice Maurice Chevalier, envejecer no es tan malo cuando se piensa en la alternativa. ¿Y los miles de cosas apasionantes que todavía se pueden hacer (no digo sólo contar)?

ELOGIO DE LA VEJEZ

El académico Arturo Pérez Reverte cuenta en uno de sus artículos: *"Conozco a una niña, pequeña y despiadada guerrera del arco iris que, viendo en la tele una película donde un famoso tirador apuntaba a un anciano pastor que caminaba con una cabra, preguntó alarmada: ¿No irá a matar a la cabra?"*. Y es que los ancianos tienen escasa presencia y valoración en esta sociedad apresurada, obsesionada por lo efímero, por la imagen bella y por la juventud exultante. El olvido y la dureza que muestra con los ancianos suele explicarse con un conformismo irritante.

"Así es la vida" es una expresión inquietante que suele usarse para dar por inevitables las desgracias y para invitar a la resignación a quien ha sufrido una traición o un abandono. Cuando muere alguien de forma trágica o inesperada es fácil que el cronista de turno sentencie ante sus familiares directos: "así es la vida". Si un anciano es abandonado durante las vacaciones por la familia para que los demás puedan disfrutar sin estorbos, el nieto golfo apuntilla: "así es la vida".

¿"Así" es la vida? La vida no "es así". La vida es como la hacemos. Lo que pasa es que la hacemos "así". Así de cruel, así de ingrata. Pero podría ser de otro modo. Debería ser de otro modo. Puede ser de otro modo. De ahí mi alegato contra el conformismo, contra la resignación, contra el pesimismo. Contra esa visión derrotista que hace consustancial al ser humano la traición, el abandono, la decepción y el fracaso. La expresión "error humano" parece indicar que ha tenido lugar un hecho típicamente humano. Se ha producido un error. No se habla, por ejemplo, de "acierto humano". El sustantivo al que se asocia la palabra humano es error, no acierto. De la misma manera se dice que es humano equivocarse.

Me han regalado un libro titulado "Camperas. Bichos y personas", de un autor argentino llamado Leonardo Castellani. Un hombre sabio, sin duda, autor de más de cincuenta libros, luchador por la justicia y la verdad.

Reproduzco una de las fábulas que lleva por título "Vae victis!" (¡Ay de los vencidos!).

"El Cedro Viejo que había dado sombra a tantos cansados, y asiento a tantas aves, ramas a tantos nidos, y flores, perfumes, color y alegría a tantas primaveras, como ahora estaba viejo y empezaba a picarse, lo arrancaron. El Carpintero, que pagó la operación, se llevó el tronco; los Vecinos llevaron leña de las ramas y el que no pudo más llevó hojas para cocimientos; los Chicos saltaron jugando entre las ramas y hasta los Sapos salieron de sus cuevas alegremente a buscar insectos en la tierra removida.

Sólo una Cabecita Negra, que tenía el nido en la copa lloró en un trino fúnebre la muerte del anciano del monte. Y su trino decía así: ¡Qué fácilmente sobrellevamos/ qué llevadera se hace la caída/ de aquél de quien ya no necesitamos...!

Y todos los Sapos respondían al unísono, en un desafinado coro: Así es la vida, amigo, así es la vida".

¿Por qué ha de ser así? Aunque así sea. ¿Por qué ha de ser así? Hay que rebelarse contra esta forma de entender las cosas, de vivir los hechos, de tratar a las personas.

Al escribir estas líneas estoy pensando en esos ancianos que están confinados en las casas porque la ciudad se ha hecho inhóspita. En esos ancianos y ancianas que también sienten la hostilidad en el propio hogar, porque ya no se valen por sí mismos. No sirven. O, mejor, sirven para estorbar. Alguien que, desde esa visión pesimista condenable, contemple su abandono, su tristeza, su soledad, les dirá con aire conmisericordioso y derrotista: "Así es la vida". Te aguantas, te fastidias, te callas.

En un momento en el que la juventud se pone de moda, en el que "ser joven" es un valor, en el que las personas no quieren cumplir años (rebajan la edad real, sufren en cada aniversario, se resisten a perder movilidad o belleza o atractivo...), ser un viejo parece una desgracia. Resulta muy triste ver cómo se arrincona a quien ya no tiene juventud o vigor o capacidad de trabajar y de rendir. No es de extrañar en un mundo en el que la competitividad, la productividad y la obsesión por la eficacia marcan los comportamientos y las actitudes de las personas y de las instituciones. Tanto produces, tanto vales. Como no produces nada, no vales nada.

Los rostros de los anuncios son los de personas jóvenes, hermosas y sanas, en pleno vigor, en plena juventud. No es imaginable ver en "Gran Hermano", en "Operación Triunfo", en "Mira

quién baila”, por ejemplo, a personas ancianas de quienes se hable sin cesar.

Es curioso observar cómo acuden a programas televisivos jóvenes que bailan, cantan y hablan sin fundamento alguno de lo habido y por haber mientras personas que tienen conocimientos acumulados, experiencia vivida y esfuerzo realizado son condenadas al ostracismo. Parece un demérito haber envejecido, haber llegado a una edad avanzada, tener arrugas en el rostro, tener una enfermedad...

Resulta desolador que algunos desalmados se aprovechen de los ancianos que viven en una residencia. Es intolerable que, ante su incapacidad para rebelarse, los maltraten, no los asean o los sometan a tratos vejatorios. Es muy triste comprobar cómo se va arrinconando a las personas por la edad y haciéndolas descender en el orden jerárquico de las empresas. A un anciano le decían con desprecio en "su" empresa de toda la vida: "En el escalafón ocupa usted un lugar entre el último empleado y la mugre que está detrás del frigorífico".

EL ABANDONO DE LOS VIEJOS

Verano. Calor y diversión para muchas personas. Para otras, abandono y soledad. Lo saben bien algunos ancianos y ancianas que viven en estas fechas la asfixia de la temperatura y, sobre todo, la asfixia de la soledad. Como resultan un estorbo para algunos planes, sus familiares los dejan en cualquier residencia o, más sencillamente, los dejan solos en la casa.

Susanna Tamaro (que no es santa de mi devoción) ha escrito recientemente una novela corta titulada "Luisito". Luisito es el nombre de un papagayo que recoge una anciana solitaria (maestra jubilada, viuda y madre de dos hijos) de entre un montón de basura. El papagayo le brinda la compañía que le niegan los hijos y las personas que la rodean. A su lado recupera las ilusiones y el entusiasmo por vivir. La crueldad de algunas personas pretende privarla también de esta salvífica compañía. Se trata de una fábula compuesta, según las palabras de la autora, *"en contra de un mundo inhumano que desprecia a los ancianos"*.

Pienso en esos ancianos que están confinados en las casas porque la ciudad es inhóspita para ellos. La ciudad está hecha para varones jóvenes y sanos que conducen el coche apresuradamente. Pienso en esos ancianos y ancianas que también sienten la hostilidad en el propio hogar, porque ya no se valen por sí mismos. No sirven. O, mejor, sirven para estorbar. El paso lento de los ancianos dificulta el ritmo frenético de nuestras zancadas. Resulta muy triste ver cómo se arrinconan a quien ya no tiene juventud o vigor o capacidad de trabajar y de rendir.

Resulta desolador que algunos desalmados se aprovechen de los ancianos que viven en una residencia. Es intolerable que, ante su incapacidad para rebelarse, los maltraten, no los asean o los sometan a tratos vejatorios. Es sobrecogedor que se robe y se asuste a los ancianos que viven en soledad. Es muy triste comprobar cómo se va arrinconando a las personas por la edad y haciéndolas descender en el orden jerárquico de las empresas.

Ernesto Sábato, que sabe mucho de dolores y de ingratitudes, dice en su libro "La resistencia": *"Me avergüenza pensar en los viejos que están solos, arrumbados rumiando el triste inventario de lo perdido"*. Una sociedad que maltrata a los ancianos se degrada moralmente. Creo que la altura moral de una sociedad se mide por el trato que brinda a los niños y a los ancianos.

Es triste el abandono de los maestros jubilados en el territorio del olvido. Podrían aportar muchas cosas, pero no se les pide nada. No se explicita el agradecimiento. Es de justicia el reconocimiento de la sociedad a unos profesionales que han entregado su vida a la difusión del saber y de la bondad.

Son raros los ejemplos en los que la sociedad muestra a los Maestros su reconocimiento. He visto, como un bello ejemplo, en Puerto Lápice (Ciudad Real), una calle con esta denominación: Calle de todos los Maestros. Es un sencillo homenaje que se dedica a quienes, humilde y pacientemente, han ayudado a los niños y a los jóvenes a ser mejores personas y mejores ciudadanos. Honor a los Maestros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albom, M. (1998). *Martes con mi viejo profesor. Una lección de la vida, de la muerte y del amor.* Meva Ediciones. Madrid.
- Andreoli, V. (2008). *Carta a un profesor.* Integral. Barcelona.
- Alves, R. (2004). *As cores do crepúsculo. A estética do envelhecer.* Ed. ASA. Porto.
- Arber, S. y Ginn, J. (1996). *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico.* Narcea. Madrid.
- Camps, V. (2008). *Crear en la educación. La asignatura pendiente.* Ed. Península. Barcelona.
- De la Herrán, A. y Cortina, M.(2006). *La muerte y su didáctica. Manual para Educación Infantil, Primaria y Secundaria.* Editorial Universitas. Madrid.
- Fierro, A. (2000). *Sobre la vida feliz.* Ed. Aljibe. Archidona.
- Merieu, PH. (2008).